la fe, entre el corazón y la virtud, origen de las herejías de todos los siglos, han surgido igualmente ese racionalismo impío y ese materialismo audaz que dividen y que pierden á las sociedades modernas. La falsa filosofía de nuestro tiempo no se contenta ya con atacar la ciencia teológica, á la cual persigue con implacable odio, por las premisas reveladas que ella impone al discurso; sino que combate, con saña casi idéntica, la metafísica; porque siendo ésta la ciencia racional de los primeros principios y las primeras causas, tiende á conducir nuestro entendimiento hacia el Sér Infinito, protegiendo y estrechando las relaciones del alma con su Hacedor Supremo. ¡Ah, Señores Académicos! Esas generaciones racionalistas ó positivistas de nuestros días, hijas de padres siempre cristianos, cuando no católicos, nacidas de piadosísimas madres, me causan tan indecible, tan mortal angustia, como si aquellos grandes caudillos y aquellos intrépidos donceles de la Edad Media, que ostentaban dos espadas ó dos hachas en cruz para combatir al árabe, se hubieran pasado al Islamismo, renegando del Cristo cuyo sepulcro iban á rescatar. ¡Oh, abismos insondables del corazón del hombre! Tal vez una ciencia sin Dios podrá ser goce y recreo de los talentos extraviados; pero será goce sombrío, recreación estéril y maldita, que lejos de producir un átomo de bien y de belleza para la vida moral del hombre, conducirá por contados pasos á los individuos y á los

pueblos á aquella total ruina que ya Niebuhr profetizaba hace apenas seis lustros (1).

En contraposición á esta loca soberbia del error, nosotros podemos ofrecer el interesante cuadro de cien varones insignes de nuestra historia nacional, que tomando la fe por norte, y la humildad por guía, conservaron diligentes el depósito de la verdad, para entregarlo intacto y puro á las venideras edades.

No hablemos ya de aquellos egregios reyes del décimotercio siglo, Fernando III y Alonso X, colosales figuras de la Religión y de la patria, paladines y cantores de la Santísima Virgen, cuyas imperecederas legislaciones son á un tiempo dogma, moral, justicia, derecho, honor, suavidad y hermosura, y de cuya memoria estuvo siempre prendada esta Academia, honrándola con sus elogios y sus publicaciones: ni nos detengamos tampoco en aquel Raymundo Lulio, talento extraordinario que se disputaron la verdad y el error como la vida y la muerte se disputan un hombre enfermo, pero donde la verdad y la virtud alcanzaron victoria decisiva. Fijándonos en el fatal período de defección y de lucha del siglo XVI, nos encontraremos con aquel Luis Vives, filósofo y humanista celebérrimo, que salvó tantas inteligencias de los naufragios que ocasionó la Reforma protestante, y que legó á la posteridad estas memorables pala-

(1) Hergenröther, *Hist. de la Iglesia*, cap. fin.

bras: «No hay lazada tan fuerte, no hay amistad »tan íntima, como el vínculo que une á la verdad »con la virtud, porque ellas brotan de la Esencia »misma de Dios como amorosas hermanas» (1): descubriremos luego á Francisco Victoria, de comprensión vastísima, de doctrina sólida, de frase lúcida, como su pensamiento; á su discípulo Melchor Cano, de profundo saber y de estilo vigoroso, y que á haber vivido en esta época de tecnicismo filosófico ininteligible, habría dicho, con más razón aún, lo que tan donosamente escribió de ciertos Escolásticos de su tiempo: «Yo me aver»gonzaría de no entenderlos, si ellos mismos en»tendiesen á fondo lo que tratan» (2): admiraremos á aquel Arias Montano, honrado de los Pontífices, de los Concilios y los reyes, como los Laynez y los Covarrubias, y que busca para morir el retiro del justo; á aquel Domingo Soto, cuyas luces pasman en Trento, y que escribe sobre Derecho natural y público libros que aún leen con avidez los filósofos y los jurisconsultos; á aquel Juan de Mariana, que compone nuestra Historia á la luz que despide la *Ciudad de Dios* de San Agustín, alma apasionada de la libertad legítima de los pueblos, y cuya

(1) Nullæ duæ res inter se tam amicæ et concordes sunt, quam virtus et veritas, nempe, Germanæ, a Deo genitæ, lib. II, *De Anima*.

(2) Puderet me dicere non intelligere, si ipsi intelligerent qui hæc tractarunt. *De Locis*, lib. IX, cap. 7.

recta intención hace olvidar los atrevimientos de su pluma; á aquel Suárez, que mereció los respetos y las alabanzas de Grocio, y que por la fecundidad de su entendimiento nos recuerda á Santo Tomás de Aquino: hasta que pasando, al fin, por Fernández de Pacheco, fundador nobilísimo de vuestro Instituto, y por los hombres preclaros que siguieron sus huellas, entre los que se cuentan grandes teólogos, Prelados eminentes, políticos sensatos, gobernantes celosos, diplomáticos incorruptibles, venimos á los días en que la España y la Europa vieron lucir, como astros de primera magnitud, á Donoso Cortés y á Jaime Balmes; á Donoso, que pareció escribir con la lira y con la entonación de los Profetas; á Balmes, talento ejercitado sin descanso en reivindicar las glorias del Catolicismo, corazón magnánimo gastado prematuramente en generosas luchas, y que, con el vuelo de águila de los grandes apologistas, ha rematado maravillosamente en sus incomparables paralelos el edificio que levantó Bossuet con sus inmortales *Variaciones*.

II.

Señores: hemos visto la luz; experimentemos ahora el calor: después de la alianza de la razón con la fe, el vínculo del corazón con la gracia: después de lo verdadero, lo bueno, que se llama lo útil cuando dice relación al bienestar material del hombre y de los pueblos, y que es el Bien cuando se refiere á la vida y al ennoblecimiento del alma. Y como aquí tratamos únicamente del Bien, que es toda aspiración y toda obra de nuestro ser moral, conformes con la Ley eterna de Dios; y como hemos de considerar este Bien en cuanto es inclinación y es hábito del alma, que es lo que constituye la virtud, permitidme que yo defina la virtud tan ampliamente como definí la verdad.

¿Qué es la virtud? La virtud es la propensión del alma hacia lo bueno, y su fuerza y su energía para ejecutarlo. Y elevando desde este punto de partida la mente, y dejando volar la fantasía,

añadiremos que la virtud es el resplandor del Cielo que ilumina las almas; la virtud es el acento eficaz que, en nombre del Señor, impera á los elementos y á toda la naturaleza; la virtud es como participar, en los destinos de la vida humana, de la misión de aquellos ángeles fieles, Virtudes del Altísimo, *Virtutes cœlorum*, que mueven las causas universales y son el instrumento de los más altos prodigios; la virtud, en suma, es la efusión de la caridad inmensa é infinita, vapor, aliento, llama, escala misteriosa que pone en comunicación al Criador con su criatura, y que viene á identificar y á fundir el corazón del hombre con el corazón de Jesucristo.

Buscar esta hermosa virtud, ni áun en su acepción menos alta, en los hombres del racionalismo y el naturalismo modernos, sería insensatez y locura. Si ellos son poderosos, si son elocuentes, si dedican al mundo las producciones de su entendimiento, con frecuencia ¡oh dolor! no atesoran sinó para gozar, no hablan sinó para ofender, no escriben sinó para fascinar; es decir, que de la abundancia de sus riquezas, de los resortes de su saber y de las galas de su retórica no hacen sinó armas que hieren y venenos que matan. Señores Académicos, yo puedo conocer, por los deberes ineludibles de mi ministerio, el terrible secreto, bien digno de ser llorado, de algunas de esas almas; pero vosotros, que andáis incesantemente por los caminos de nuestras sociedades, que conocéis

mejor las realidades de la vida, que, por necesidad, á veces harto enojosa, cruzaréis á menudo vuestra palabra con hombres que no amen ni la fe ni la virtud cristiana, vosotros sabéis á fondo que, con la excepción consoladora de algún espíritu naturalmente recto, destinado para volver un día á su Dios, esos seres sin ventura van enseñando al mundo sus sonrisas, y tienen en el alma el odio con todas sus tristezas y la mentira con todas sus sombras; ofrecen alegrías y sólo dan martirios; seducen á los incautos mostrándoles como un claro de cielo, y cercanos de ese azul están los nubarrones de donde sale la tormenta; adulan, en fin, y engañan al pobre y al pueblo con el intento exclusivo de que sirvan de escabel á sus ambiciones, porque las alturas del orgullo de los falsos sabios y de los falsos apóstoles de nuestros días, están en proporción con los abismos de su bajeza. ¡Oh, qué horrendo destino el de los hombres de ciencia que corrompen la verdad y conculcan la virtud! Alguna vez, Señores, cuando la tempestad se desencadena, vemos la chispa luminosa que se desprende de la altura como un hilo de fuego delgado y ondulante, y ese hilo troncha la encina, hiende la roca, horada el muro de las basílicas y de los palacios, tuerce, agrieta ó derrumba las torres más altas y vistosas, sean cualesquiera su solidez y arquitectura; ¿qué comparación ¡ay de mí! cabe entre el rayo que se forja en la nube y el rayo de la Justicia Eterna, que se cierne sobre el ateo y el malvado?

Esta es la noche, la noche lóbrega, sin luna y sin estrellas. Para huir de esas aterradoras visiones, pongamos nuestra mente en los verdaderos sabios, en los privilegiados espíritus que os propusisteis por vuestros modelos, y veremos que si ellos legaron á los siglos escritos dignos de admiración, sus hechos fueron más dignos todavía de ser grabados en mármoles y bronces. Concibiendo y enseñando á Dios según la revelación divina, trataban á sus semejantes según el Evangelio de Cristo, y tan ricos como eran aquellos hombres en la estética del entendimiento, no la amaron ni la poseyeron nunca sinó para traducirla en tesoros de educación moral y de la caridad más difusiva. Ciñéndonos exclusivamente al examen del más célebre período de nuestras letras patrias, miremos en los vestíbulos de esos alcázares del bien aliado con la ciencia, á aquel Jiménez de Cisneros, que pide limosna para los pobres como Francisco de Asís, que funda la Universidad de Alcalá, y hace imprimir la liturgia mozárabe, que gobierna con la política cristiana, y que diciendo con varonil entereza á los magnates inquietos y turbulentos, «los cañones son mis poderes», su vida privada es toda ella humildad, desinterés, justicia, oración y penitencia; á aquel Tomás de Villanueva, profundo como Isidoro Hispalense, amante de la Madre de Dios como Ildefonso, caritativo como Martín de Tours, y cuyos funerales se celebran entre el clamor inmenso de un pueblo que le llora

y le bendice. Siguen sus hermosos pasos, evangelizando como él la paz y la virtud, aquel Pedro de Alcántara, varón ascético y de contemplación altísima, que predicaba como Vicente Ferrer, que poseía y comunicaba el dón de lágrimas, y que parecía acercarse al ángel (1) por la pureza de su espíritu; el Venerable Avila, cuya ciencia es siempre la idea sentida, la frase quizá inspirada, ávida de conquistar almas para la verdad y el bien; y aquel Fr. Luis de Granada que en *La Guía de Pecadores* y en el *Memorial de la Vida Cristiana* diríase haber arrebatado á la gracia de Dios su actividad y su influjo, para condenar el frenesí de la pasión que se excita, la vileza del pecado que se comete, la cobardía del corazón que desmaya en la prueba, la ignominia del espíritu que se deja vencer por la materia sensual y provocadora, convidando luego al pecador para revelarle el secreto de recobrar la felicidad perdida, ponderando el premio inenarrable del que triunfa en la lucha y exhala el último suspiro en brazos de la perseverancia; dichoso tránsito de que fué vivo ejemplar él mismo, que en sus postreros instantes parecía conversar con los Serafines, y hacía derretir en llanto los corazones. Allí solicita nuestra atención Rivadeneyra, alma formada para la piedad y la justicia, dulce amigo de tres Santos, Ignacio, Carlos Borromeo y Francisco de Borja, y que en

(1) Psalm. VIII, 6.

su *Tratado de la Tribulación* sabe hacer destilar sobre los corazones doloridos un bálsamo celeste: más allá divisamos á Teresa de Cepeda y Juan de Yepes, nombres que irán enlazados en la perpetuidad de los tiempos, no sólo por haber escudado respectivamente su vida con el nombre de Jesús, y con la memoria del sagrado madero en que el Salvador del Mundo reclinó su cabeza, sinó porque la Iglesia canonizó sus virtudes, porque tres centurias preconizaron sus milagros, porque las almas místicas adquieren alas con sus enseñanzas y sus éxtasis, porque el arte ha tenido para honrarlos sus ideales más bellos, y porque la tradición y la leyenda cuentan de sus acciones y de sus confidencias recíprocas cosas tan peregrinas, tan delicadamente suaves, tan henchidas del espíritu de Dios, que el alma no sabe bien *ni si ría ni si llore*, como decía la inimitable Expositora de los Cánticos. Y en pos de ellos, descubrimos al agustino Malón de Chaide, cantor del alma más castamente enamorada del Celestial Maestro; á Puente, Estella, Rodríguez, Nieremberg y Zárate, continuadores celosos de la mística y del apostolado cristiano, en cuyos libros brillan á cada paso esas luces escondidas que no se dan á la ciencia y se abren á la virtud, cuya forma es casi siempre producción acabadísima de la inteligencia creadora; hombres, Señores, que por tener á Jesucristo, Hijo de Dios, en el corazón y en los labios, no persiguieron jamás otro fin ni acariciaron otro ensue-

ño sinó el de cambiar la sombra en luz y el dolor en alegría, sacando del error la verdad, del vicio la virtud, de la misma muerte la vida, pero vida fecunda y verdadera, porque es vida del alma, vida del Cielo, vida del Verbo Divino, dilatación de su gracia y obra sublime y misteriosa de la Providencia Eterna y Absoluta (1).

(1) Qui habet Filium Dei, habet vitam; qui non habet Filium vitam non habet. I Joan. V, 12.

III.

Penetrando ahora, Señores Académicos, en dominios y en regiones que son vuestros más que míos, perdonadme que yo pregunte por último: ¿qué cosa es la belleza? La belleza, aparte de las constantes armonías del mundo físico, es el orden y la recta disposición de las cosas factibles; es la inteligencia, el corazón y la fantasía en comunicación recíproca para hacer lo grande y lo bueno. La belleza es el espíritu dirigiendo á la materia, la razón dominando á los sentidos, para sobreponer á todo lo temporal y deleznable el sello y la aspiración de lo eterno; es el ideal divino, reflejando su poder y su gracia sobre el genio humano; es el alma desenvolviéndose completamente en Dios, como el árbol que crece y se hace gigante en una atmósfera libre, porque la mente racional y el alma humana, ni se alimentan, ni se ilu-